

EN PLENA COLONIA
EL MESTIZO ALEJO

*Aurelio Díaz Meza*¹⁸⁰

Tres meses habían transcurrido desde que el Cacique Puante se instalara en los alrededores de la villa de Angol con un ejército de más de mil araucanos dispuestos a destruir a sangre y fuego el fuerte y la ciudad, que se cobijaba al amparo de sus cañones; el testarudo caudillo indígena no daba muestras de querer levantar el cerco a pesar de que el Jefe de la guarnición española, Capitán don Alfonso de Villanueva y Soberal, hacía, periódicamente, “entradas” e incursiones por el campo enemigo, arrollando cuanto encontraba en su camino.

Ante el empuje de las tropas castellanas, las huestes indígenas, siguiendo la táctica aprendida de sus antecesores, cedían el paso, se diluían por entre las quebradas y matorrales sin presentar resistencia sino cuando tenían la seguridad, por su número y posición, de dominar a sus adversarios, o de causarle bajas de consideración. Experimentadas de esta táctica, las avanzadas españolas tenían orden de no aventurarse nunca más allá de ciertos límites, dentro de los cuales podían recibir oportuno auxilio, en caso de contra-ataque, y de no permanecer fuera del fortín sino hasta la caída del Sol.

En varias ocasiones, desde que Puante pusiera cerco a la villa y fortín, había querido el Jefe araucano dar fin a su propósito de apoderarse de la prensa enemiga, pero otras tantas veces sus porfiadas tropas habíanse estrellado contra las aceradas picas, las fuertes coraza y las rojas metrallas de los defensores del recién reconstruido fuerte. Acercábase, entre tanto, la época de las lluvias y los indígenas no podían pensar en permanecer a la intemperie los meses invernales; el Jefe indio decidido, por fin, a intentar el último asalto, reforzó sus huestes, recorrió sus líneas, cortó los pasos por donde los españoles podían forzar la retirada hacia el Bío-Bío y dio sus instrucciones para dar la batalla definitiva.

El día 5 de Mayo de 1637, antes de que las primeras luces de la aurora iluminaran las cumbres de la cordillera de Nahuelbuta, una inmensa gritería y chivateo hizo saltar de sus lechos a los habitantes y defensores de, la ciudad y fuerte de San Francisco de Angol, y una horda incontenible invadió el campamento castellano “por los cuatro costados”: los centinelas y vigilantes que el Jefe español tenía apostados en los sitios estratégicos para dar la alarma en caso de ataque, habían sido sorprendidos y muertos por las avanzadas indígenas, aprovechando la hora de la “modorra”, y sólo uno o dos de ellos lograron descargar sus mosquetes antes de caer aplastados por las terribles mazas.

El ataque había sido dispuesto de tal manera que, aunque las tropas castellanas hicieron prodigios de valor, encabezadas por el Jefe de la guarnición y sus oficiales, y lograron

¹⁸⁰ Don Aurelio Díaz Meza es autor de variados volúmenes de “*Leyendas y episodios chilenos*”

derrotar a una de las compañías asaltantes, no pudieron impedir que fuera hecha prisionera buena parte de la población femenina, con la cual huyeron los indígenas hacia sus impenetrables montañas.

A las nueve o diez de la mañana se retiraban del campo de batalla los últimos escuadrones indígenas, dejando a sus enemigos a cambio de un centenar de muertos, el tremendo dolor de haber presenciado, impotentes, que los bárbaros se llevaran, en medio de una loca gritería de triunfo, a las más bellas, a las más amadas jóvenes de la villa de Angol.

Una de estas mártires era la hija única del Capitán de Lanzas, don Francisco Gutiérrez de Albornoz, llamada doña Beatriz, pimpollo de dieciocho años que con su rara hermosura había aprisionado el corazón del Alférez Real de la ciudad de Concepción don Juan de Mata Quiñones, quien debía llevarla a los altares en días ya cercanos.

Los indios del caudillo victorioso se retiraron hacia una pequeña hondonada de las muchas que forman las cordilleras que se extienden siguiendo el curso del río Malleco. para repartirse el precioso botín conquistado en su final asalto a la villa de Angol; más de treinta fueron las mujeres españolas que en esa junta se distribuyeron o se disputaron los vencedores, después de que el Jefe hubo escogido su parte. Puante dejó para sí a la novia del Alférez Real de Concepción y la bella Beatriz fue llevada a la ruca del Ulmén con las aparatosas, ceremonias nupciales consagradas para los casos en que se aumentaba el harem del Toquí.

Los Los sueños de amor de la doncella española quedaron destrozados, definitivamente, por el más acerbo de los infortunios.

Tantos sufrimientos, tantas, terribles emociones, minaron luego su organismo y una fiebre maligna y persistente la retuvo, durante cien días, en el mullido lecho de “pellejos” que el propio cacique habíale acomodado. Durante su larga enfermedad, Puante no se separó del lecho de Beatriz, veló su agitado sueño y aún trató de alegrar sus largas horas de melancolía.

Cuando la enferma estuvo mejorada y pudo salir de la ruca para ver y disfrutar de los rayos del Sol, Puante díjole un día: -¡Florcita del campo...ya está buena... si quiere irse... la llevaré donde quiera!... Y se echó a sus pies.

Beatriz, se quedó espantada: luego dio un grito indefinible, abrió los brazos y sedesplomaría sobre el suelo si el indio no la recibiera en los suyos.

Vuelta en sí, cayó en una profunda “songonana”; sus pensamientos giraban alrededor de las palabras que había oído a Puante y luchaba entre aceptar su ofrecimiento de restituirla a su hogar, y la vergüenza que sufriría al tener que revelar a los suyos que iba a ser madre. Hubiera preferido que nunca salieran de los labios del Toquí tales palabras y que su vida se hubiese deslizado, bajo la selva araucana, sin esperanza alguna de resurrección, porque considerábase muerta para el mundo en que hasta hace poco habitara.

Transcurrido el tiempo inexorable, Beatriz encontró un día, en su regazo, a la tierna criatura que la iba a alejar, definitivamente, de sus pasados afectos; al contemplarla, acurrucada junto a su pecho, abriéronse, como flor en primavera, los tabernáculos del amor maternal y juró no volver jamás a tierras españolas. Fuese a la orilla del arroyo y hundiendo las manos en las aguas vírgenes de la vertiente, bautizó a su hijo con el nombre de Alejo. fuese

La guerra de Arauco renovábase año tras año con mayor inquina y crueldad y con suerte varia para los enconados combatientes. El año 1641, el Ulmén Puante reunió grandes ejércitos con los cuales arrasó las posesiones españolas durante seis años, sin que las armas castellanas logran acorrallar al afortunado Caudillo que se paseaba victorioso, desde el Malleco hasta el Bio-Bío, sembrando el terror

Algunas veces, atravesaba este último río y aún el Laja, y asolaba la región de Yumbel arrastrando tras de sí botín inmenso que servía de aliciente para que sus tropas, despreciando los peligros, ejecutaran los más atrevidos actos de heroísmo. En el “alzamiento” de 1646, encabezado por Butapichón, el ejército de Puante se encargó de asaltar el fuerte de Nacimiento donde se había refugiado el Sargento Mayor don José de Novajas, y lo obligó a evacuar la fortaleza con pérdidas enormes. Terminada la campaña de Otoño y cuando las lluvias paralizaban el movimiento de los ejércitos, Puante volvía a sus escondites de las hondonadas del Malleco a invernar al lado de su española Beatriz y de su hijo Alejo, que lo recibían amorosamente.

El muchacho iba a cumplir los ocho años y a enseñanza de su madre había aprendido a rezar y a leer; su padre habíase preocupado, en cambio, de enseñarle el manejo de la lanza y del caballo y el niño Alejo, cuyo físico anunciaba ser corpulento, era, ya a su edad, un jinete de sobresaliente estampa que dominaba fácilmente las vehemencias de cualquier animal.

Al año siguiente la guerra empezó más temprano; había llegado a Chile un nuevo gobernador, con refuerzos, del Perú y quería aprovechar del entusiasmo de sus tropas para dar una batida a los araucanos antes de que éstos estuvieran preparados para la próxima campaña de primavera. Puante respondió a la provocación y al frente de sus huestes se instaló en las márgenes del Bío-Bío, a esperar que los tercios españoles intentaran atravesarlo: algunos días llevaba de vigilar atenta, pero, infructuosamente los “pasos”, sin notar ni la más pequeña demostración, hasta que se decidió a levantar el campo e internarse otra vez en sus tierras, convencido de que el español habría desistido de iniciar su anticipada campaña.

Anduvo dos días y pernoctó cerca del Malleco para atravesarlo a la mañana siguiente y penetrar en sus tierras con el alba. Puante se halagaba con la idea de sorprender a su hijo y a Beatriz con su llegada sorpresiva.

La ausencia total de enemigos durante la marcha, los caminos y senderos casi intransitables aún por las lluvias del invierno y, especialmente, el convencimiento de que los españoles

no habían pasado el Bío-Bío, hicieron que el Toquí se despreocupara de tomar precauciones severas para el vivac de su gente. Y, precisamente esa noche, a la hora de la “modorra”, o sea un poco antes del alba, cuando el sueño invade con más fuerza, ocurrió al ejército de Puante lo que tantas veces hiciera él mismo con sus enemigos.

Doscientos soldados españoles, emboscados en la ciénaga del Malleco, cayeron como el rayo sobre las desprevenidas huestes del Ulmén y las destrozaron. Puante sucumbió de los primeros, atravesado por las lanzas de un grupo de soldados que habían recibido la misión de ubicar, especialmente, el alojamiento del Jefe indio.

Desbaratado completamente el ejército araucano, las tropas españolas se dedicaron a destruir las posesiones, los abrigos y guaridas de esa región que era el baluarte del enemigo. Una partida llegó hasta la ruca del Ulmén: la arrasó hasta sus cimientos y tomó prisioneros a sus habitantes incorporándolos al grupo, ya numeroso, que debía marchar hacia al fuerte de Nacimiento. Beatriz, abrazada con su hijo, marchó adelante, sin protestar, sin decir una palabra. El mismo destino que la arrancara de su primitivo hogar, diez años antes, la restituía ahora al seno de los suyos.

En calidad de soldado distinguido ingresó en las filas del ejército español de la frontera, allá por el año de 1650, un bizarro muchacho no mayor de catorce años, llamado Don Alejo Gutiérrez de Albornoz, después de haber cursado gramática y latinidad en el colegio que mantenían los jesuitas en Concepción y que estaba dedicado a los niños de familias nobles. El primer capitán de este joven soldado fue don Pedro de la Raygada, quien demostró por el recluta un interés excepcional, pues afirmaba haber conocido muy íntimamente a su padre, muerto en acción de guerra cuando aún no nacía su hijo. La madre del pequeño soldado era la muy principal señora doña Beatriz Gutiérrez de la Hermosilla que, a la muerte de su marido, según ella decía, encontrábase en la Capital del Reino, habiendo permanecido allí hasta que su padre, el Maestre de Campo don Francisco Gutiérrez de Albornoz, la llamó para que lo acompañara en su reciente viudez.

El muchacho, siguiendo una costumbre social de la época, había adoptado el apellido de su abuelo, pues el Maestre de Campo no había tenido hijo varón.

El joven don Alejo Gutiérrez hizo rápida y afortunada carrera; al año siguiente de su ingreso en el Ejército le fue concedido el ascenso a “caporal” de uno de los grupos de su escuadrón y dos años más tarde conquistaba las charreteras de sargento por haber dado muerte, en singular combate, al Cacique Roncomira, frente al fuerte de San Felipe de Austria. El Sargento Gutiérrez era un “caballero lanza” sobresaliente y en sus conversaciones de camaradería aseguró varias veces que “desde chico le habían ejercitado en el manejo de esa arma, cuando estaba al lado de su madre”.

Dos años permanecía ya el Sargento Gutiérrez en el grado y no disimulaba su vehemente aspiración de alcanzar la banda de oficial; dos veces habíanse presentado vacantes de

alferecía; sin embargo, sus jefes, desentendiéndose de sus méritos, lo postergaron por otros, que al sentir del interesado no lo supeditaban ni en valor, ni en competencia. ¿Por qué?

Amargóse el ánimo del joven con esa injusticia, y de alegre y jovial tornóse mustio y reservado.

Un día en que los jóvenes de su escuadrón se ejercitaban en juegos de sortijas para participar en la próxima fiesta de Santiago Apóstol, el Sargento Gutiérrez tuvo un altercado con el Alférez Bartolomé de Moxica, “por cierto tanto que ganara o no ganara el primero: la discusión encrespóse y el Sargento tiró de su espada...

Pero su adversario cruzóse de brazos y, con altanero desprecio, arrojóle al rostro estas palabras:

- A un hombre de limpio linaje como el Alférez Moxica, no le es permitido cruzar sus armas con un “huacho” ...

El joven Gutiérrez quedó anonadado con este insulto soez, y aunque en seguida pretendió lanzarse sobre su ofensor, el muchacho fue sujetado enérgicamente por sus compañeros: la presencia de su Capitán Raygada vino a cortar oportunamente la cuestión que habría terminado, de seguro, de una manera trágica.

- Moxica será castigado condignamente, afirmó el Capitán: podéis estar seguro, señor Sargento. Hoy mismo, ahora, luego, recibirá su licencia para abandonar el fuerte y partir a Concepción.

- El ofendido había recibido una reparación pública y amplia, y cualquiera, en su lugar, hubiérase dado por satisfecho.

Gutiérrez, empero, separóse de sus compañeros y echó sus pasos hacia el campo, sin rumbo fijo: anduvo vagando la mañana y parte de la tarde por laderas y senderos, aspirando el aire fresco a pulmón pleno, obsesionado por una idea que había brotado de su cerebro afiebrado y que germinaba rápidamente. Era “huacho” ... le atraía la selva, la soledad, la naturaleza virgen: sentía en su interior un deseo incontenible de libertad, lejos de aquella gente española que le había desconocido sus méritos y su derecho para ocupar una alfercía que tenía bien ganada con su valor y que, al fin, lo había vejado por boca de un miserable.

Estaba, pues, de más, entre esa gente: su sitio no era ése. Pero, ¿a dónde ir?

Alzóse de pronto, como si recibiera repentinamente una inspiración, bajó, casi a la carrera, por una escarpada senda que caía al campamento del fortín de San Felipe, atisbó a los vigilantes, montó de un salto sobre un caballo y partió al galope cortando caminos por entre las encrucijadas; sonaban los últimos toques de “oraciones” cuando penetraba por las estrechas callejuelas de Concepción y se detenía frente a la casa de su madre, doña Beatriz Gutiérrez, en cuyos brazos permaneció sin articular palabra durante algunos momentos.

Un corazón de madre no podía engañarse y doña Beatriz comprendió, en seguida, que alguna pena honda martirizaba a su hijo; tomó con ambas manos la cabeza del joven, clavó su mirada en las humedecidas pupilas, le besó en los labios y preguntóle, apasionada y dulcemente:

- ¿Por qué sufre, mi hijo?...

De nuevo ocultó su rostro en el regazo de su madre el joven Alejo, ahogando en su garganta los sollozos que pugnaban por escapar y, sin moverse de ese sitio, murmuró, con acento de profunda amargura.

- Decidme, señora, ¡quién fue mi padre. . .!

Doña Beatriz se sintió desfallecer y su voz se apagó, al mismo tiempo que su cuerpo se abandonaba flácidamente en los robustos brazos del soldado. Tendida sobre su lecho oyó, momentos después, la relación de lo ocurrido en el fuerte de San Felipe y cuando Alejo terminó de hablar, doña Beatriz incorporóse lenta, pero resuelta, y ya con voz tranquila preguntó a su hijo:

- ¿Y qué piensas hacer ahora?

-Lo primero, matar a mi cobarde ofensor...

-¡Bien. . .! acentuó la española. ¿Y luego...?

-Luego... saber, de cualquier modo, quién fue mi padre.

- ¿No te avergonzarás de él?

-¿Os avergonzáis, vos, señora...? inquirió a su vez, el joven.

- ¡No puedo avergonzarme de haber sido la mujer de un valiente, aunque fuera enemigo de mi raza! ¡Eres hijo del Toquí Puante...!

El joven Alejo se incorporó de un salto; su faz se iluminó con un gesto de alegría gloriosa y arrancando violentamente, la banda de sargento español que cruzaba su pecho, alzó ambos brazos empuñados, arrojó al suelo la insignia castellana, plantó sobre ella un pie y luego el otro, lanzó un alarido gutural, ronco e indefinible, y cayó a los pies de doña Beatriz exclamando:

-Madre... ¡adiós!

De un brinco traspuso el umbral de su casa solariega y apretando los ijares del caballo que lo esperaba a la puerta, se hundió en la tenebrosa selva araucana.

El “mestizo Alejo” iba a empezar su vida de invencible caudillo de las huestes indígenas.